



INSTRUCCION.-MORALIDAD.-RECREO. OFICINAS DEL PERIÓDICO: CENOS, 1; principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios, y comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

LA VILLA ADRIANA.

Nuestro grabado de hoy representa uno de los más pittorescos paisajes de las cercanías de Roma: la villa Adriana está separada de Tivoli por un magnífico olivar, y á seis kilómetros de distancia de aquella.

Adriana, en otro tiempo, magnífica ciudad que destruyó en su recinto, Liceo, Academia, tertulias, teatros, templos, y en medio un monstruoso palacio imperial, rodeado de puestos para la guardia pretoriana; aquel pueblo rico, no es hoy más que un montón de ruinas.

Cráese que Adriana fué destruida por Trajano como consecuencia en diversas ocasiones por los romanos; sus ruinas fueron durante algún tiempo rico depósito de maravillas de arte, que desde allí se trasportaban á varios museos de Europa. El perímetro de la ciudad que fué trazado, según se dice, por el emperador Adriano, ocupa una gran extensión.

EL ESTILO.

Le style est l'homme. (Bacon)

I.

Guiados por el noble deseo de contribuir con nuestro modesto óbolo al aprovechamiento de los que empiezan á dar los primeros pasos en la difícil carrera de las letras, tomamos la pluma para manifestar, aunque en pobres y desahucados conceptos, absorto por donde, en nuestro sentir, y mediante un continuado y reflexivo estudio, puedan con más firme y ánimo resuelto encaminarse hacia el templo de la fama, y caer en algún tiempo á sus pies los sagrados laureles de la gloria.

Nuestro objeto, por lo tanto, es dar á conocer al principiante nuestros mejores autores clásicos, y exponerle las reglas más eficaces para que llegue á formarse un buen estilo, pero un estilo peculiar y característico, porque sino mas que á ser imitador de tal ó cual autor se concretase, le vendría á parar lo que al grejo de la fábula; esto es, que con galas apenas se vistiera, las cuales, aunque ricas y esplendentes, nunca brillaban en él tanto como las propias, siquiera éstas fuesen más pobres y humildes.

Por otra parte, resulta que, si el estilo, según Buffon, es el hombre, el autor que no tenga su manera particular de decir, no podrá de relieve su carácter en sus escritos sino que lo único que hará será reflejar pálidamente el de aquél que se propuso imitar.

Debemos aquí advertir que, no siendo nueva ninguna de las reglas que vamos á anunciar, por ser ésta una materia sobre la cual no queda nada por decir, pues que está agotada desde Aristóteles y demás eminentes retóricos de la antigüedad, hemos solamente de limitarnos á exponerlas de la manera más clara y sencilla que nos sea posible, no sin valerlos en algunos puntos de las mismas palabras que ya modernos autores han empleado.

Estas reglas, pues, son las siguientes: 1.ª Adquirir ideas claras y distintas del asunto sobre el cual se ha de hablar ó escribir. Un pintor no podría retratar fielmente el objeto que no tuviera á la vista. Es de capital importancia meditar bien la materia, considerarla bajo todos sus aspectos, y ordenar previamente en la imaginación las varias ideas y consideraciones que nos ocurren.

2.ª Estar familiarizado con el estilo de los buenos escritores. La rápida y meditada lectura de los clásicos forma en el principiante un caudal riquísimo, que es imposible procurarse por otros medios; pero se ha de temer bastante que nos mita sed multum, legere oportet.

3.ª Una vez familiarizado con los buenos modelos, el principiante debe procurar imitarlos, no servilmente, sino con cierta prudente libertad, que ni aleje del buen sendero ni amortigüe su genio y natural disposición. Al efecto, empezará por traducir en sus palabras, ó á su modo, algún pasaje de un autor clásico castellano, cuyos pensamientos haya comprendido, y retenga bien. Comparando después el modelo con la imitación, notará los defectos en que haya incurrido, é irá corrigiendo gradualmente su manera particular de decir. El reputado crítico y notable literato D. Patricio de la Escosura manifiesta á este propósito que, el que trata de imitar, ha de escribir de su cuenta y riesgo, sin renunciar á su propia personalidad literaria en ningún caso; siendo la imitación, así entendida, no solo licita, sino hasta recomendable.

Es también un ejercicio muy provechoso para

adquirir la corrección de estilo, trasladar de una lengua á otra pasajes bien escogidos y comparar luego, con una crítica imparcial y severa, el texto con la versión. Más adelante puede ensayarse en hacer algunos extractos, un compoer algunas cartas é historietas, y necesariamente obras de mayor empeño ó de género más elevado. Pero si quisiere que su estilo sea enteramente propio; debe empezar, cuando ya por mérito de una lectura atenta y reflexiva haya escapado bien en imaginación en las obras de nuestros primeros escritores, por hacer desde luego trabajos originales, y no por extractar ni traducir en sus palabras, ó á su manera, este ó aquel escogido pasaje.

4.ª Ejercitarse en componer con frecuencia, pues, como dice Cicero, la pluma es el mejor maestro para enseñar á componer. Pero en estas ejercicios ó ensayos se ha de evitar el vicio que aconseja Quintiliano: escribiendo despacio para llegar á escribir bien, que, en sabiendo escribir bien, se logrará escribir de prisa. También importa corregir mucho, y limar con esmero los ensayos ó composiciones que se hagan; porque, según un antiguo hablaba con temeridad, el malogrado D. Ventura de la Vega, no hay nada, por violento que sea, que no se destruya con un mal cuidado. El principiante no debe poner reparo en borrar mucho y volver á escribir sus trabajos antes de dálos al público. Conviene también guardar los manuscritos por algún tiempo; y revisarlos luego escrupulosamente para corregir las inadvertencias en que se hubiere incurrido.

5.ª Procurese, sobre todo, no descuidar el fondo de los pensamientos por atender á la belleza de la forma, porque la belleza principal está en la solidez. El oído gusta, que se le regale; mas si el entendimiento no encuentra pasto asustable, y conveniente, desaparece bien pronto la ilusión producida por el eco cadencioso de las palabras. Pero no por esto se ha de incurrir en el vicio contrario, sino que se procurará armonizar, lo posible la forma con el fondo. Un eminente escritor, el sabio D. Alberto Lista, ha dicho: "Sin la magia de la elegancia y de la armonía, se desalogen y desgranan los pensamientos más poéticos; por que el lenguaje es el instrumento de las bellas letras, como el colorido lo es de la pintura. Las ideas son el alma de la poesía; pero el estilo es su cuerpo, y sin formas corpóreas, no es posible que se graben los pensamientos en la fantasía." Demás de esto, los griegos, aludiendo á las composiciones poéticas, decían que Minerva nació ya armada de punta en blanco, con lo que querían significar que, en efecto, en literatura el fondo y la forma son inseparables.

La estricta observancia de las anteriores reglas; será, no lo dudamos, de gran utilidad para los jóvenes principiantes.

Enumeremos ahora los modelos que, así en prosa como en verso, tenemos en nuestro idioma:

II. MODELOS EN PROSA.

Los autores que con preferencia deben esta-



La villa Adriana.

diarse, por estar reputados como verdaderos clásicos, son los siguientes:

CERVANTES.—Su inmortal obra El Quijote. FRAY LUIS DE GRANADA.—Introducción al cántico de la fe; Guard de pecadores; Meditaciones; Sermones sobre las principales festividades; Memorial de la vida cristiana; Retórica eclesiástica.

FRAY LUIS DE LINOS.—Los nombres de Cristo. La Perfecta casada; Exposición del libro de Job. SALVADOR FALABRO.—Empresas políticas; La república literaria; La corona gótica.

SANTA TERESA DE JESÚS.—Discurso sobre la vida; El camino de perfección; El libro de las fundaciones; El castillo interior; ó las moradas; Conceptos de amor Dios (fragmentos); y, por fin, sus Cartas, que también son modelos en un género.

MARIANA.—Su obra principal es la Historia de España.

MENDOZA.—Historia de la guerra contra los moriscos de Granada.

MONCADA.—Historia de la expedición de catalanes y aragoneses, contra turcos y griegos.

MELO.—Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña; en el tiempo de Felipe IV.

SOLÍS.—Historia de la conquista de Méjico; Cartas familiares.

SAN JUAN DELLA CRUZ.—Subida al monte Carmelo; Noche oscura del alma; Cántico espiritual entre el alma y Cristo en esposo; Llama de amor vivo; Cartas espirituales.

PEDRO MALON DE CHAIDE.—La conversión de la Magdalena.

Además, son dignos de mención por el castizo y puro lenguaje que en sus escritos emplean:

QUEVEDO.—Todas sus obras, y en particular las compendadas en las dos secciones de Satiricomorales y festivas.

ARGENSOLA (Bartolomé).—La conquista de las islas Molucas.

SIGÜENZA.—Vida de San Jerónimo; Historia de la orden del mismo santo.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA.—El veid de príncipes, ó vida de Marco Aurelio; Monoprosio de la cebra y alabanza de la aldea.

FRAY LUIS MARQUEZ.—Los dos estados de la espiritual Jerusalem; El gobernador cristiano.

Y, por último, las CARTAS de PEDRO DE RINA, de ANTONIO PEREZ y del PADRE JUAN DE AVILA.

En los autores que dejamos apuntados, hallarán los principiantes cuantas bellas y elegantes maneras hay de decir.

Los que quieran formarse un estilo conciso, pero enérgico, educarán con fruto á Salvador, Melo y Mendoza; si, por el contrario, lo buscan abundante y numeroso, lo hallarán en Fray Luis de Granada y Guevara; si brillante; galano y pintoresco, acudirán á Solís, Malon de Chaide y Argensola; si grave y magestuoso, al Padre Mariana; si alegre, festivo y piadoso, á Quevedo; si castizo, puro y sencillo, á Santa Teresa de Jesús; si flexible, natural y fácil, á Moncada y al Padre Sigüenza; y á Cervantes, en fin, si quieren hallarlos todos reunidos.

Entre los modernos, han sobresalido como prosistas, Jovellanos, los dos Moratines, Mayans y Siscar, Cadalso, Campomanes, Donoso Cortés, Torrens, Meléndez, Quintana, Alcañiz Galiano, Pacheco, Rias Rosas, Larra (Figaro), y Ferrer del Río.

En punto á novelas, las mejores que tenemos en castellano, además de El Quijote y de los Ejemplares de Cervantes, son El Gran Tacaño, de Quevedo; Vida y aventuras del escudero Marcos de Obregon, de Vicente Espinel; El casarillo de Tormes, de Hurtado de Mendoza; Fray Gerundio de Campaspa, del Padre Isla; Guzman de Alfarache, de Mateo Alemán; El Diablo Cojuelo, de Luis Vélez de Guevara, y Gil Blas de Santillana, de M. Lesage, aunque se cree que originalmente fué escrita en español.

Hasta aquí la prosa; ahora pasamos al verso.

III. MODELOS EN VERSO.

Fuerden presentarse como tales á Garcilaso, Hurtado, Risco, Fray Luis de León, Villegas, Gongora, Francisco de la Torre, Figueras, Baltasar de Alcázar, los Argensolas; Alonso de Ercilla y Bernardo de Valbuena, poetas que florecieron en el siglo XVI. Y entre los modernos, merecen citarse Cadalso, los Moratines; Huerta, Meléndez, Iriarte, Cienfuegos, Jovellanos, Iglesias, Quintana, Reinoso, Lista, Gallego, el duque de Rivas, Pastor Diaz, Epronceda, Martínez de la Roca, el duque de Frías, D. Ventura de la Vega, Hartzenbusch, el marqués de Molins, Zorrilla, Campomanes, García Gutiérrez, Aralau, Nuñez de Arce, Valera,





